

SEQUÍA ¿CONTRA QUIÉN? Por Ángel Sáinz-Pardo Pla.

Hace tres semanas publicaba LANCELOT un reportaje dedicado a la lluvia. Poco han cambiado las cosas desde entonces hasta el momento de escribir este suelto. Apenas unas débiles precipitaciones durante los primeros días de mes que totalizaron desde unas décimas hasta algo más de una docena de litros por metro cuadrado en los lugares más favorecidos lo cual apenas ha variado la por ahora oscura perspectiva agrícola.

El peso específico de las lluvias ha pasado en pocos años de un positivismo manifiesto hasta una extraña mezcla de anécdota, nostalgia y hasta de acaecimiento negativo. Anécdota por la progresiva irrelevancia de la peculiar agricultura isleña, para lo que sólo las áreas dedicadas a viñedo y poco más parecen tener un cierto futuro. Nostalgia porque evoca recuerdos de tiempos pasados en los que ver llover “en forma” no sólo provocaba alegría sino que desataba el optimismo generalizado. Hecho negativo para los buitres del turismo, que aunque casi único motor de la economía es también el principal agresor de la otrora muy noble cultura lanzaroteña.

No hay sino que asomarse a nuestros campos para comprobar como únicamente los viñedos parecen vivir una cierta animación mientras que aulagas, hierba camellera, y otros matos invaden los enarenados a la vez que en casi cualquier encantador y apartado pueblito surgen esas nuevas mansiones (?) de nuevo rico cuyo patrón comprende -en un marco de volúmenes altisonantes-, terrazas con balaustrada de escayola torneada, esquinas alicatadas con pulidas lajas volcánicas perfectamente cortadas y yuxtapuestas remedando las piedras esquineras de las antiguas construcciones, y ridículos frontones triangulares de evocación no se sabe si de la antigua Grecia o del moderno cartón-piedra de Hollywood. A ese “campo” poca lluvia le hace falta, total no trae sino humedad en las paredes y en los techos.

Lo que de nostálgico pueda tener la lluvia lo percibo como ese decadente afán y diríase que casi necesidad de recordar (preferentemente durante el fin de semana) los decires, los cantares, los yantares, la artesanía, etc., ahora que prácticamente ya los hemos echado de nuestra vida diaria sustituyéndolos por el “móvil”, la pachanga, la fritanga y el “todo a cien”. La corriente generalizada por doquier que se inició hace ya años según la cual la gente nueva de los campos se ha ido yendo a vivir a los pisos y apartamentos de las ciudades y áreas próximas al desarrollo industrial y turístico se está volviendo ahora del revés: en cierto modo la gente de áreas urbanas está volviendo al campo, algunos sólo durante el tiempo libre. Pero para la mayoría la realidad es que no regresan, sino que lo descubren, lo colonizan, lo urbanizan, lo contaminan y se quedan tan felices. Quién sabe cuántos aquí añoran la lluvia los sábados y domingos mientras de lunes a viernes la maldicen.